

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Enrique Sebastián García Perales

“Un hombre con sueños de papel”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 70, octubre-diciembre de 2024, pp. 21.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Había consagrado todas las fuerzas de su voluntad al único propósito de convertirse en escritor. Para él no existía ningún otro objetivo que mereciera ocupar las horas y la determinación de un hombre. Desde pequeño lo asombró el prodigio de cómo la literatu-

Un hombre con sueños de papel

Enrique Sebastián García Perales

Como todos los exploradores con el sentido común descarriado por la obsesión de la gloria, había cometido el error de dibujar el mapa antes de emprender el viaje.

ra llegaba a la realidad a través de la imaginación, de cómo un libro con personajes hechos de tinta y palabras podía llegar a ser más creíble que los de carne y hueso, de cómo los escritores tenían más poder que los reyes porque sus plumas y no los cetros creaban el mismo mundo que gobernaban. Así pues, trazó el mapa de su destino de tal manera que todos los caminos desembocaran inexorablemente en la escritura.

La primera parte de su proyecto agotó la mitad de su vida. Durante décadas fatigó sus ojos en la lectura de cuantos libros desfilaron ante él. Su meta era desenterrar con la mirada los secretos del lenguaje que se ocultaban bajo las palabras. Leyó desde el primer poema épico escrito sobre tablas de arcilla hasta el último *bestseller* descargado en la memoria de su computadora. Jamás se interesó por conocer la vida viviéndola, pues para él las asperezas comunes del espíritu humano podían aumentar y embellecerse mediante figuras retóricas bien ejecutadas y una elemental teoría psicológica de personajes. Además todas las

realidades que cabían en su biblioteca resultaban más seductoras que un mundo donde solo había espacio para la rutina. Al cerrar un libro moría como un guerrero domador de caballos, pero al abrir el siguiente renacía convertido en un monstruoso insecto. Sin necesidad de salir al mundo se había llenado los ojos con todos los paisajes, conoció en mil mujeres ficticias la esperanza y la decepción del amor, y supo cómo se sentía nacer en Macondo y morir en Comala. Se enorgullecía de ser un hombre que había tenido más vidas y muertes que cualquier otro.

Una vez leído todo, dedicó la segunda mitad de su existencia a la fase más importante del plan: escribir. Era momento de ejercitar en la pluma las técnicas aprendidas. Pronto descubrió que leer un libro implicaba un esfuerzo considerablemente menor a escribirlo. Las ideas que consignaba en la hoja en blanco, su eterna némesis, nunca eran fieles al tamaño de su expectativa: el vuelo de su esperanza siempre se descalabraba contra la realidad de su talento. Aceptó con amargura que sabía todo sobre los libros,

menos cómo escribirlos. Continuó, a pesar de todo, la ruta de su destino literario, esta vez por caminos alternos. En espera de que su pluma madurara lo suficiente como para escribir bien, se dedicó a anotar sus ideas para novelas y cuentos en una libreta. Sin embargo, conforme pasaban los años esas notas se quedaron en promesas jamás cumplidas, pues las libretas fueron amontonándose una sobre otra hasta convertirse en un permanente recordatorio del fracaso. La inevitable vejez llegó justo a tiempo para demostrarle que la vida y sus sueños nunca se encontraron porque jamás recorrieron el mismo camino. Como todos los exploradores con el sentido común descarriado por la obsesión de la gloria, había cometido el error de dibujar el mapa antes de emprender el viaje.

Hasta el último día ideó nada más que argumentos para cuentos y novelas sin llegar a escribir uno solo. La montaña de hojas se hizo tan enorme que, un día que sopló el viento de la desgracia, se derrumbó en un alud de papel que sepultó al escritor que nunca escribió bajo una pila de ilusiones. **LPyH**

Enrique Sebastián García Perales es estudiante de Historia en el Instituto Mora. Ha colaborado con *La Palabra y el Hombre*, *Revista ORBEM* y *Senderos Filológicos*; participó en las ediciones 14º y 15º del Curso de Creación Literaria Para Jóvenes Xalapa de la FLM.